Poesía Suburbial

— Iván Keating —

Durii

A todas aquellas maravillosas personas
que leyeron con respeto y agrado
«Intimidad pública»
(hasta el final).



PRÓLOGO

Sharif Fernández

El gusano de la escritura corroe la noche y coloca una esperanza en el lejano tañido de las estrellas. El mundo sigue danzando al compás de una música infinita y hay una mano que escribe para horadar la pena y vengarse de los dioses. Esa mano es la de un poeta anónimo que tiembla y agoniza mirando la blanca escarcha de una luna que le pertenece.

Antes de este torpe prólogo, yo no conocía la asombrosa poesía de Iván Keating, y tal vez tú tampoco, amigo lector. Mas poco importa eso ahora, ya que si tienes este humilde libro entre tus manos irás descubriendo el misterioso sendero de negras hormigas que son las palabras... Palabras valiosas que nos recorren al recorrerlas.

Los extractos de versos que preceden a sus poemas son un diverso catálogo de íntimas cicatrices que ayudan al lector a imaginar el camino que va a pisar. Y, de todos ellos, destaco un sublime verso perteneciente al poema «No te mueras con la duda», que sirve de candil y advertencia: No hay peor muerte que morirse con la duda de lo que pudo haber sido y ya nunca podrá ser.

En esta Poesía suburbial el poeta despliega su hermoso caleidoscopio de anhelos y obsesiones y en su palabra palpita la dulce desesperación del amor, se erige, majestuosa y maldita, la prolongada sombra del ser amado y resuena y perdura el incansable eco del amargo canto de lo perdido. Ejemplo perfecto de ello es el poema «Mi abstinencia de ti». En otros poemas hallamos la bengala que ilumina la metáfora acertada y donde se nos brinda el beso preciso en la herida inacabada de la existencia.

También sabe el poeta encontrar la sombra del asombro en lo cotidiano, y rescatarlo. Nos obliga, además, a sostener la mirada frente al íntimo espejo de nuestra propia incertidumbre, sin que parpadeemos. Y nos habla también de la esperanza insurrecta bajo el pecho, susurrándonos que demos un paso más, que detrás de ese espejismo hallaremos consuelo para nuestra sed.

Pero la palabra que es bálsamo también puede ser cicuta, lo mismo que el amor que nos destruye puede ser el mismo que nos redima. Así queda plasmado en poemas como «Sálvame de mí».

Iván conoce perfectamente la indivisible dualidad del ser y coloca sobre ella la corona de espinas de la honestidad. En poemas como *«A los poetas incomprendidos»* se posiciona en el ejército de los desertores, de los que no tienen otro bando, otro credo ni otra fe más que unos ojos inocentes, que no ingenuos, y unas manos generosas, que no débiles.

Más veces es la poesía amapola para el solitario que verde pasto para el rebaño. Nítida constancia deja de ello el escritor en poemas como *«¡Tenía que decirlo!»*, donde se aprecia la irreconciliable fractura del individuo con la masa.

En los versos de *«Desde otro prisma»* nos advierte el poeta de los peligros de dar las más mínimas cosas por sentado y de la infinita pobreza que reside en aceptar la dictadura de lo estéticamente correcto. Saltando con nosotros al vacío, nos lleva de la mano para ver más allá de lo aprendido y de los límites canónicos impuestos, a todos los niveles.

Que el corazón esconde una cuchilla de afeitar nos queda plasmado en los versos de «*Odiarte no es dejar de quererte*» o «*Las curtidas*», donde además se aprecia un claro canto a la prudencia y a la sabiduría que otorga el fracaso.

Emana de una parte considerable del poemario un aroma de redención, que sin ser garantía de nada es esperanza de todo. Y nunca olvidemos que el canto de sirena de la esperanza quizá sea el único canto de sirena por el que merece la pena morir.

Es más que evidente que esta magistral y meticulosa obra poética está escrita con la tinta roja de la franqueza, y eso es de admirar en un mundo que danza ciegamente al compás de lo artificial y del sinsentido.

En resumen, amigo lector, de poco sirven estos prólogos. Si has llegado hasta aquí, olvida lo leído y sumérgete en estas páginas que siguen como un niño sin prejuicios.

Sharif Fernández

DADINGID AZNAIFNOC DADLIMUH



Enseñar es enseñar a dudar.
Eduardo Galeano

Mi lírica

Es una colonia de cisnes
que se bañan felices
en un estanque de gasolina.
Tan débil e inerme
como una mosca sin alas
en un hormiguero.
Tan glamurosa y oscura
como una medusa fucsia
de veneno letal.

Es una copa elegante
de whisky y cicuta
en la boca adecuada.
Tan irreverente y ácida
que dinamita el candor
de los jóvenes lectores.
Tan introspectiva y doliente
como una llaga que arde
dentro del corazón.

Huele más a pólvora
que a incienso
y es de sonrisa irónica;
desbarata las leyes de la razón
y los sistemas preestablecidos.
No tiene la más mínima piedad
con los retrógrados miopes
que la entienden (sin entender)
como un vano juego de palabras.

¡Bienvenidos a mi universo interior!

Al lugar donde has sido feliz
no debieras tratar de volver.
Joaquín Sabina

Abstinencia de ti

Mi abstinencia de ti
es un sol muerto
más triste que un nicho
desdibujado y sin flores.

Mi abstinencia de ti
es una luna taciturna
que solloza en soledad
sin ningún poeta que la cuide.

Mi abstinencia de ti
es un corazón infecto,
una angustia somnolienta
y una fúnebre canción
que entusiasma a Lucifer.

Mi abstinencia de ti
es un delirio ilusorio,
un pecho oprimido
y una voz temblorosa
al pronunciar tu nombre.

Mi abstinencia de ti
es tan patológica
que sigo sin lavar la almohada
porque aún huele a tu perfume.

Aquel que dijo que más vale tener suerte que talento
conocía la esencia de la vida.
Woody Allen

Claroscuro

Busco la belleza entre la impiedad y la ternura.
Pinto nubarrones en los paraísos más prósperos.
Y apuñalo con dagas de miel tu conciencia
para despertar tu ingenuidad rosácea,
batallando a solas y sin tregua
contra mis Minotauros interiores.

Soy una navaja de doble filo
que, igual que puede sacar una bala del pecho
para salvar una vida en el último instante,
podría rebanar un cuello en solo unos segundos
con la carcajada de un barbero diabólico.

Camino libremente entre leones dormidos
sin llegar a pisarles nunca la cola.
Supongo que soy así:
un cofre de joyas y arañas,
un beso que acaba mordiendo,
una caricia que acaba arañando.

Tengo un corazón kamikaze
que no escarmienta ni claudica.
También algunos enemigos
que no les quitaré sus razones.
Pero, por encima de todo lo decible,
tengo la arriesgada costumbre
de decir siempre mi verdad.

La libertad se aprende ejerciéndola.
Clara Campoamor

Me perdono, pero no me olvido

Volví a sentarme sobre los bordes
de los acantilados de mis heridas.
Pero ya no sentí aquel vértigo
ni los movimientos sísmicos
que producía la bestia feroz
que vivía enjaulada en mis costillas.

Por mis venas turquesas
ya no circulaban vertidos tóxicos
que desembocaban en la amígdala
de mi cerebro gangrenado,
que era un lanzador de cuchillos borracho
que se autolesionaba en cada anochecer.

Ya no existía el recuerdo hormigueante
de aquel que no era yo,
aunque tuviese mi mismo rostro.
Esquivé la estocada definitiva
sobre el último centímetro de suelo
que aún le quedaba a mi sensatez.

Ahora sé que estoy a salvo,
aunque no exento de peligro.
Mi perdón será el único
que calmará mi conciencia
cuando afronte la ineludible factura.

De la piel para dentro mando yo.
Antonio Escohotado

A los poetas incomprendidos

Contemplé hermosas constelaciones de estrellas
donde otros solo vieron simples farolas.
«Entierra tu hacha de guerra y acepta la derrota»,
me decían los que nunca se atrevieron a soñar
y jamás los recordaron después de muertos.

Aticé el avispero del trauma mejor sellado
solo para satisfacer a quienes,
por alguna razón, empatizaron conmigo.
Porque solo sé hacerlo de esta manera:
sin pedantería, sin miedo al qué dirán
y sin sobreactuaciones absurdas.

Desde mi silla de ruedas oxidada
seguiré escribiendo el himno
de los poetas incomprendidos.
Porque hay algo de ti en mí,
y viceversa.

Porque la palabra verdadera
es la génesis del alma.
Y porque todas nuestras lágrimas
sirven para apagar sus incendios.
Este último verso quizá sea
el lado menos egoísta de un escritor.

El instinto social de los hombres
no se basa en el amor a la sociedad,
sino en el miedo a la soledad.
Arthur Schopenhauer

Arrebato candente

(Alegato a favor de la libertad de expresión)

Parásitos de la paciencia limitada:
¡Os aconsejo, sin corazón,
que disfrutéis mientras podáis
de esta endeble llamarada social,
pues mañana se propagará
como un virus letal y famélico,
hasta convertirse en un incendio
temido e incontrolable!

Será un ataque defensivo
frente a tanta barbarie injusta.
Sentiréis la infatigable ira
de los perdedores, no vencidos,
y se desatarán, sin compasión,
los instintos más primitivos
del ser salvaje que llevamos dentro.

¡Lo sé!, soy consciente de que
podría vender algunos libros más
si guardara silencio con astucia,
sonriera como un político
y fuera un enano más del circo.
Pero no quiero ese asqueroso dinero
porque mi dignidad pesa más que su plata.

¡Si no nos permiten desahogarnos con palabras,
tendremos que usar otros métodos indeseados!

Ahí os dejo mi arrebato candente
a punto de explosionar.